

Cuando el otoño se levanta

Miguel Aranguren

A mis padres, que fueron millonarios en amigos.

"...

*Y cuando viene el sueño
a extenderme y llevarme
a mi propio silencio
hay un gran viento blanco
que derriba mi sueño
y caen de él las hojas,
caen como cuchillos
sobre mí desangrándome
..."*

(Pablo Neruda, "La tierra")

"...

*how terribly strange
to be seventy
..."*

(Paul Simon, "Old friends")

No sueño con volver a vivir. Me basta recordar con asombro mi infancia desde la atalaya de mi edad adulta.

Estoy seguro de que fue don Pablo el que facilitó mi nueva dirección a Canosa. Nos cambiamos de casa hace unos meses, después de la muerte de Chema, y de aquella época sólo me carteo con el cura, así que no pudiste ser tú, porque no conoces mi nueva dirección. Es una casa moderna, un chalet adosado a las afueras de la ciudad. Tiene un jardín comunitario con piscina que mis padres nunca utilizan. Yo tampoco; no me gusta el comadreo de urbanización, prefiero que los vecinos no me conozcan.

Nos mudamos porque mamá y papá necesitaban cambiar de ambiente. Parecía como si en nuestro antiguo piso se hubiesen quedado pedazos de Chema sujetos a cada centímetro de la pared, y mamá empezó con esas tristes dependencias de no querer vaciar el armario de mi hermano y de respetar su lugar en la mesa, aunque había aceptado su muerte. Papá, sin embargo, no se encontraba bien; las veces que le acompañé al psiquiatra, me di cuenta de que había que hallar una alternativa a las pastillas: tanta medicina durante años y al final no sabes si te ha curado la alquimia o el tiempo, así que decidí que era mejor un cambio brusco de situación, de esos que te obligan a romper todos los puntos de

referencia con el pasado. Papá veía a Chema por los pasillos, y si sonaba el teléfono le gritaba para que corriera a cogerlo para después alumbrar un llanto derrotado, preguntándose qué sentido tenía la vida sin su hijo. Pobre hombre... Si vinieras a verle, te impresionarías con el bajón que ha pegado.

Mamá, con sus detalles, procuraba hacerle olvidar –nos sorprendía con un guiso especial o con alguna chuchería que compraba en la calle–, pero él estaba hosco, de mal humor, hundido en sus periódicos, triste y aburrido por no tener una oficina en la que matar las horas. Les ha cogido lo de Chema demasiado mayores, precipitándoles a una vejez adelantada, y aunque ella pretende aceptar lo que nos ha deparado el destino, a veces me la encontraba apoyada en el umbral de la habitación de Chema, repasando con los ojos cada una de las pertenencias de mi hermano.

Una mañana me desahugué con el director del periódico. Vive a las afueras de la ciudad, y me habló de una nueva promoción de chalets. Aunque la idea me rondaba, no me había atrevido a planteármelo; de alguna forma yo también estaba apegado a los rincones del piso, lo que imposibilitaba un cambio radical en mi familia: te haces a la idea de que tu casa, la de siempre, es la única casa posible y no ves los cuadros colgados en otras paredes, ni se

te pasa por la imaginación que haya que cambiar la mesa del comedor por otra más pequeña.

Los chalets costaban un precio razonable y, con el adelanto que cobré por mi última novela, podía cubrir la entrada y solicitar un crédito. El comercial que me mostró la casa piloto no se lo podía creer; si llega a tener con él el contrato hubiese firmado esa misma mañana. Fue una decisión que apenas consulté con mis padres. Interpreté su silencio como un sí, y en pocas semanas estábamos instalados.

Los tres nos planteamos aquella mudanza como el inicio de una nueva etapa, una segunda oportunidad para ser felices. Animé a mi madre a que tapizara los muebles y tirase aquellas piezas que no nos cabían o que estaban demasiado viejas. En el fondo, yo deseaba romper con todo lo que evocara a los años pasados. Una vez finalizado aquel expolio todavía nos quedaban recuerdos hirientes, como un cajón con los álbumes de fotos de nuestra infancia. Antes de que mis padres se ofrecieran a guardar aquellos gritos mudos de lo que habíamos vivido, encerré los álbumes en el altillo del armario de mi nueva habitación.

Desde que recibí el sobre de Canosa sólo pensaba en lo que me dirías sobre Chema. ¡Me sorprendió luego tanto que no supieras que había muerto! Al leer los apellidos de nuestro amigo, sentí como si resucitara por dentro una edad que me había obligado a olvidar. Me ocurrió como al ladrón que intenta redimirse y se hace continuas promesas de que para él se terminaron los robos y, sin quererlo, el único trabajo que encuentra es el de vigilante nocturno de una joyería. Pretendía desligarme de toda memoria pasada, como si con el chalet hubiese nacido de nuevo, cuando me llegó aquella invitación de boda.

En mis libros nunca mencioné de manera directa aspectos sobre mi vida. Considero que mis padres, Chema, los amigos de la infancia y de la juventud, son temas demasiado íntimos para que pasen de mano en mano dentro de una novela. Quizá por eso los críticos me tachan de ser un escritor distante, una “fábrica de fábulas ligeras”, como me califica Silvela, el de El País. Mi trabajo, que me obliga a estar atento a la actualidad, me libra de retroceder en el tiempo, así que la única atadura que mantengo con el pasado es la breve correspondencia con don Pablo, una felicitación de Navidad de ida y vuelta. También le envió un ejemplar de mis novelas cada vez que presento un libro. Sé que le hace ilusión comprobar hasta dónde llega un antiguo alumno del colegio, a

pesar de que no es devoto de mi literatura. ¿Sabes que ahora vive en Levante?. Es párroco en un barrio de Castellón. En su carta anual no hay ocasión en la que no me pregunte por vosotros. Me anima a que os llame, a que organicemos un encuentro, una comida cerca del colegio con cualquier excusa. Pero ¿me ves con ganas...? Hace veinte años que terminamos las clases; pasó también la universidad, tu marcha a Alemania y la de Canosa a Pamplona y no he sabido nada de vosotros en todo este tiempo.

Canosa sentenció que nos separarían los estudios. Yo era el único de los tres que se quedaba en la ciudad, pues suponía que para triunfar me bastaba la suerte, sin necesidad de buscar grandes títulos en otros lugares. Así ocurrió: me matriculé en la facultad de Periodismo y, aquel mismo año, comencé a colaborar en el periódico gracias a un contacto que tenía mi padre, que se había quedado asombrado por la calidad del escrito con el que gané mi primer premio literario. Supe moverme, a pesar de mi edad y de mi falta de experiencia, y pronto me cobijé a la sombra del que es hoy el director del diario, un hombre de influencia que me tomó cariño y se encargó de promocionar mi carrera literaria, hasta el punto que a los veinticinco años firmé mi primera columna de opinión. Dejé los estudios casi sin darme cuenta, absorbido en la elaboración de mi

primera novela, y prescindí de todo aquello que no fuera mi máquina de escribir y mis nuevas amistades.

El paso del colegio a la universidad es el que marca el final de una etapa: de pronto te sorprendes investido de libertad para dejar tu casa y probar suerte. Tal vez ocurrió lo que convenía: cada uno de nosotros cerró la puerta del pasado en aras de la fortuna. ¡Qué lejos Alemania y qué lejos Pamplona! Así de fácil. Bastó la distancia para empezar una nueva vida y desaparecisteis en el recuerdo. Nunca hice caso a las recomendaciones de don Pablo; ni siquiera pensaba darle una oportunidad: buscar tu dirección o llamar al número de teléfono de Canosa. Por eso me sobrecoge acercarme de nuevo a tu familia. El cura me contó que tu abuela murió y se me hacía un mundo hablar con tu madre y que me dijera, tal vez, que la Oma siempre me recordó con cariño, que vendisteis Rioseco o que regresaste hace años del norte de Europa. Por eso, hasta que te encontré en la boda de Canosa y me contaste un poco de tu vida, te creía en Colonia, pues las personas se quedan detenidas allí donde se deja de pensarlas, y tú estabas camino de Alemania hace un montón de años.

No me gustan los reencuentros, uno no sabe de qué hablar después del saludo, y siempre se acaba tirando de un repertorio de preguntas sin interés, en las que las respuestas se olvidan a la vez que se escuchan. Te lanzas a preguntar por su vida a quien te acabas de encontrar y sólo te contesta vaguedades: todo está en orden. Y cuando te devuelve las preguntas, tu vida también va como la seda: en el trabajo todo son facilidades y la familia se encuentra bien de salud. ¿Acaso tendría sentido confesar que se vive con alguna angustia?

La hipocresía fue una de las monedas que pagué por crecer. Cuando cumplimos diecisiete años comprendí que la vida se me mostraría en adelante como un gran teatro en el que gana quien sabe fingir mejor. Frecuentábamos "Bagdad", una discoteca donde se valoraba más la marca del jersey que vestías que la franqueza de tu sonrisa. Menudos sufrimientos los de mi madre para conseguir las camisas y los zapatos de moda que le pedía, una larga lista que completábamos los sábados por los bulevares de la ciudad, donde los comerciantes hacían dinero con nuestro capricho. "Bagdad"... Allí me di cuenta de que si bien en el colegio había compañeros a quienes se les ninguneaba, sólo por surcar la puerta iluminada de la sala de fiestas ya eran dignos de nuestro cordial apretón de manos.

Y como no me gustan los reencuentros, fui a la boda con el recurso de la vaguedad preparado. Sabía que no iba a tener mucho tiempo para hablar con Canosa –a fin de cuentas era el que se casaba y tendría que atender a su familia–. Por otro lado, don Pablo no estuvo libre hasta el final de la ceremonia. Nos dimos un abrazo a la salida de la iglesia, me agradeció el envío de mi última novela y enseguida quiso embaucarme en su viejo sueño de reunir a los compañeros del colegio sirviéndose del reclamo de mi prestigio. Insistió en que hay colegios en los que los antiguos alumnos cumplen con el compromiso una vez al año en unas comidas de las que resurgen algunas amistades, “que tal vez te den pistas para un nuevo libro”. Según él, debo oxigenar mi temario y volver a lo cotidiano.

No pudimos hablar más. Cuando pronunció tu nombre apareció el padre de Canosa en un achuchón de empujones y le solicitó para conducirlo al club de golf. Don Pablo se despidió de mí e hizo un gesto con la mano para hacerme entender que te había visto entre la gente.

Cenó en la mesa de los novios, le veíamos desde la nuestra, y los comensales no le dejaban apenas tiempo para comer. Me hizo gracia, pensé en lo desenvuelto que siempre fue y ahora tiene que pechar con las formalidades de las bodas de sus antiguos alumnos.

Seguro que tuvo que soportar una retahíla de alabanzas por el coro que cantó durante la ceremonia y por las flores del altar, justo de lo que él no se había ocupado. Levantaba los ojos por encima de una señora mayor que le ocultaba, con un llamativo sombrero, la vista de los invitados. Nos buscaba. Estoy seguro de que accedió a casar a Canosa para vernos reunidos a los tres. No valoró que a los protagonistas de una boda sólo se les concede tiempo para una breve salutación a los asistentes que no están en su mesa. Luego, en cuanto sonó el primer acorde del vals, don Pablo se despidió de los novios y se marchó. Es un sacerdote clásico, de esos que no pintan nada en un baile.

En la iglesia me pregunté con quién iba a pasar la noche. Había ido solo, no conocía a los invitados y hacía tantos años que no veía a los hermanos de Canosa que me resistí a presentarme como un convidado de piedra. Con Canosa, sin embargo, he coincidido alguna vez. Se hizo abogado, Tirso, y él asegura que trabaja como un animal. Las veces en las que hemos coincidido –que me acuerde: en la inauguración de una exposición de pintura que patrocinaba un banco y en algún bar de copas–, apenas hablamos de ti. Una vez me preguntó si tenía noticias sobre tu paradero. Me confesó que, de cuando en cuando, veía a Blanquita. Según él, está tan guapa como a los diecisiete y conserva las piernas más bonitas

de la ciudad, pero se saludan desde lejos, moviendo la cabeza, sin más, así que tu hermana no le pudo dar información sobre ti.

Pasé la ceremonia de pie en el fondo del templo y, como no estabas en la fila que se acercó a comulgar, decidí marcharme a casa después de felicitar a los novios.

–¿Ya te has encontrado con Tirso? –me preguntó Canosa cuando nos abrazamos al final de la boda.

–¿Estás seguro de que ha venido?

–Sí, claro.

Me di la vuelta y te busqué entre aquella colección de sombreros de colores y gente trajeada. Estabas en lo alto de la escalinata del templo, no me costó reconocerte. Mirabas de un lado a otro, buscando en los rostros un rasgo familiar. Estoy seguro de que pensabas lo mismo que yo: en el caso de no dar conmigo habrías preparado una discreta retirada. Pero me viste y cambió la expresión de tu cara.

Al principio, los dos fingimos. La sonrisa durante el abrazo fue tan verdadera como la fuerza con que apretaste mis hombros con tus manos, pero enseguida pasamos al que estábamos muy bien, que “qué alegría verte, si no has cambiado nada”, “anda, tú sí que estás igual. ¿Cómo te van las cosas?”. “Bien, y, ¿a ti?”. “No me puedo quejar”. “Lo celebro. ¿Cómo está tu familia?”. “Bien, bien. Pero me

impresiona verte tan poco cambiado, Félix”. “Tú sí que estás igual, Tirso”. “¿Sabes que te leo en el periódico? También he leído alguna de tus novelas”. “Entonces, ¿has vuelto de Alemania?”. “Sí, hace meses que vivo en la ciudad...”

Hasta que nos hemos vuelto a ver, tu imagen era la de mi recuerdo, un poco intemporal. Tan pronto te veía cara de niño como recordaba tus primeras barbillas rasuradas. Lo cierto es que estás algo más grueso, fuerte quizá, y no sabía que lustrabas una frente tan importante. Pero nuestro repentino encuentro se ha superpuesto a cualquiera de mis imágenes de Tirso-niño-adolescente, y eres lo mismo que yo, un hombre que apenas estrena los treinta y siete.

Cenamos juntos –un detalle de Canosa sentarnos en la misma mesa–, contando y escuchando lo que no conocíamos el uno sobre el otro de estos veinte años. Tenías la impresión de que sabías de mi vida algo más que yo de la tuya. Nos ocurre a los escritores: la gente opina que dejamos el rastro de nuestras vivencias en las páginas de los periódicos y en las novelas. Sin embargo, cuido de no ofrecerme como un exhibicionista, ya te lo he dicho. En realidad, no soy tan sarcástico como aparento, ni me preocupa la actualidad tanto como desvelan mis artículos. Chema decía que no le gustaban mis escritos; se ponía a leer el periódico por la página de mi intervención y enseguida se aburría y pasaba los pliegos hasta

las tiras de cómics, que repetía una y otra vez a voz en grito. Y el juicio de Chema era, lo que se dice, desinteresado, como el de cualquier retrasado mental. Le hubiese gustado que escribiera de los años del colegio, de nuestra familia, de los amigos, de todo aquello que don Pablo me achaca de dejar pendiente en mi carrera literaria.

Nuestros compañeros de mesa se sintieron obligados a darnos conversación. Quizá recuerdes que una chica se interesó por algo que escribí en una revista. Era de esas personas que intentan psicoanalizarte en tres minutos a partir de lo que han leído y que, después, recurren a la burda pregunta del dinero. A todo el mundo le intriga la subsistencia de los escritores; les parece imposible que la literatura dé para comer y señalan que en el pasado ellos también escribían y que no lo hacían mal —¿una redacción en la escuela?—, pero que jamás creyeron que en la pluma se escondiera ningún porvenir.

La chica se dio por satisfecha, aunque le desagradé, estoy seguro. Juzgó que soy un excéntrico y se enredó en una conversación sobre su oficina con el resto de los comensales, compañeros de trabajo de la mujer de Canosa, según entendí en los pocos silencios a los que permitimos el paso, porque la boda de Canosa fue, de alguna manera, una borrachera de honores a lo que

ya no existe –nuestra amistad–, a pesar de que cuando te conté lo de Chema posaste el tenedor en el plato y pasaron unos segundos sin que pronunciáramos palabra.

Mi hermano continuaba siendo un ángel en tu vida, el único ser humano capaz de no hacer daño a nadie. Seguro que al crecer llegaste a la conclusión de que tu padre también comete errores, y de que todas aquellas personas que entendías justas tienen su poso de maldad. Por el contrario, Chema era todo debilidad e inocencia, sin que los años le lacerasen. Sabías que guardaba los secretos y que tenía una capacidad infinita de querer. Era el único hombre que lloraba sin gemidos, el único que, hasta el día de su muerte, jamás dudó del corazón de quienes le arrojaron, incluido el tuyo. Por eso te reprochaste no haber sido más insistente en mi búsqueda después de tu regreso de Colonia. Sabes que Chema se hubiera sentido muy feliz si te hubiese visto de nuevo. Sus desatinos, sus razonamientos limitados, su bondad bobalicona le hacían distinto a todos los que nos rodean, y esa diferencia le privaba de lo peor que tiene el crecer.

Pero en aquel banquete de nuestro encuentro, que también era el de la boda de Canosa, había que mantener la alegría y me hiciste brindar por nuestro futuro mientras te prometías no olvidar jamás “los buenos años y a la buena gente”.

Apenas comimos el segundo plato, solomillo con guisantes. No nos daba el tiempo para cortar y seleccionar las piezas; teníamos mil cosas que decir. Por eso, al final del postre y tras un breve silencio durante el vals de Canosa con su mujer, llenaron nuestras copas de licor y nos retiramos al fondo del salón, donde no molestaba tanto el volumen de la música. Nuestros compañeros de mesa se habían acercado a la pista de baile sin interesarse por nuestra conversación, y la gente mayor comenzó a despedirse.

–Odio las bodas, Tirso.

–¿Por qué?

–Este ruido... –arrugué la nariz—. El hombre del siglo XX no puede vivir sin decibelios.

Soltaste una carcajada.

–¿Qué quieres? Para una vez que te casas no está mal armar un buen jaleo. Me alegro entonces de que no asistieras a la mía, porque pasábamos del *rock & roll* a los bailes regionales de Alemania.

–El cura me habló de tu boda. Enhorabuena.

–Sí, le invité, pero me casaba demasiado lejos como para que nos acompañase.

–¿Por qué no ha venido...?

–¿Miriam? Se ha llevado a las niñas a Alemania, con mis suegros. Volverán la semana que viene.

Narraste tus años en Colonia, la universidad, tu primer trabajo y el regreso a España.

–Me aburrí del frío, Félix. Fue como si mi sangre mediterránea hubiera declarado la guerra a la nórdica; y venció el calor. Se empieza por echar de menos cualquier nimiedad y terminas dándote cuenta que lo más importante de tu vida está aquí, entre los tuyos. Y eso que venía con cierta frecuencia, porque la Oma nos donó Rioseco a los tres nietos antes de su muerte. Date cuenta, ¡tengo un pedacito de España a mi nombre! Además, ya conoces a Juan –me guiñaste un ojo–, si por él fuera, hubiera construido en mi terreno un voladero de perdices, pero como pactamos no dividir Rioseco hasta que mis padres falten, se tiene que contentar con disparar en su territorio –diste un sorbo a la copa–. No hemos hablado de chicas.

–Tú sí; estás casado.

–Me refiero a ti y a las mujeres con las que sales.

–Te aseguro que si tuviese algo importante que decir, me hubiera adelantado a tu pregunta.

–¿Nada en todos estos años?

Pendulé la copa y el aguardiente comenzó a girar en su interior.

–He salido con muchas, pero no son historias importantes. La prueba es que no luzco una alianza como la tuya.

–Ya te llegará...

–Lo dudo. Lo más intenso lo viví con una periodista. No estaba mal. Era buena gente.

–¿De tu periódico?

–Sí.

–¿Y qué pasó?

–Lo de siempre: al principio le hizo ilusión mi mundo de novelista. Me temo que imaginó una historia de película en blanco y negro, pero se aburrió. Ha terminado con un guionista de televisión. Se nota que le va la literatura... ¿Y tú? Háblame de tu mujer.

–Ya la conocerás cuando vuelva. Nos presentaron en la Universidad de Colonia.

–¿No puso obstáculos cuando decidiste volver a España?

–Le costó, claro, pero la elección fue de los dos. El clima de aquí es mucho más saludable para las niñas, porque no puedes imaginarte los fríos del invierno alemán... Los bebés se pasan casi

todo el día dentro de casa, cuando lo suyo es jugar en los parques y conocer el campo. Además, recibí una buena oferta de trabajo.

Nos despedimos en el jardín del club de golf, cada uno con la tarjeta del otro, como hacen los comerciantes.

–Tenemos que volver a vernos, Félix –dijiste mientras me palmoteabas el hombro–. Lo mejor es que nos llamemos por teléfono antes de que se nos complique la vida. ¿Por qué no vienes unos días a Rioseco?

–¿A Rioseco? –dudé–. Me gustaría, pero mis padres..., ya sabes. Después de lo de Chema prefiero no ausentarme de casa, se han hecho mayores.

–Sólo te hablo de un fin de semana, un sábado y un domingo nada más –insististe con una sonrisa–. Conocerás a Miriam y a mis hijas.

–Más adelante. Estoy preparando una colección en fascículos para el periódico. Ahora tengo mucho trabajo.

Miraste al suelo en penumbra, como si buscaras algo.

–Pobre Félix –susurraste al alzar los ojos—. Lo estás pasando mal, ¿verdad?

–No es eso. Hace meses de lo de Chema.

Pese a los años en los que no nos habíamos visto, seguía sin poder guardarte mis secretos. Cuando Chema murió, hice el propósito de ocultárselo al público. Llevaba dieciocho meses escribiendo sobre vaguedades, sin querer contarle a nadie mi trauma, componiendo mi columna como el que escribe un acta, desde fuera.

–Si regreso a Rioseco me da miedo descubrir que todo ha empequeñecido. Pasa con las cosas que conocimos de niños: con el tiempo se encogen. ¿Te imaginas verme en pijama con estos treinta y siete años, compartiendo el desayuno con tu familia?

–¿Por qué no...?

–Porque prefiero verte en la ciudad cualquier otro día, lejos de los recuerdos. Ya no somos dos pequeñajos con la vida para jugar. A lo mejor tú, que eres zoólogo, sigues cazando lagartijas —sugerí burlón—, pero yo me he convertido en un hombre aburrido que se pasa las horas leyendo y que espera al fin de semana..., ¡para darse otro atracón de literatura!. Además, antes, cuando íbamos a Rioseco, me aguardaba Chema en casa para escuchar las aventuras que vivíamos en aquella finca, y no me apetece

recordarle con la boca abierta mientras le hablaba de tantos lugares que nunca conoció. Gracias por tu ofrecimiento, pero no me interesa rememorar aquella edad.

Me miraste con decepción.

–Está bien, si no es en Rioseco, al menos quedaremos para tomar café.

–Un café... De acuerdo. Llámame al periódico cuando quieras.

De camino a casa me sentí de veras solo. De alguna manera me había dañado nuestro encuentro. Pensaba en Chema: qué brillo le hubiera encendido los ojos al saber que habíamos vuelto a vernos. No hablaba de ti con demasiada frecuencia, pero te recordaba, porque en su cabeza no cabía que los amigos pudieran entrar y salir de nuestra vida como de una tienda. Era el único de mi familia que hablaba de los parientes muertos con la sensación de que había pasado con ellos la tarde anterior. Puede que en su fantasía los viese, pues no era extraño sorprenderle enfrascado en una conversación consigo mismo en la que dialogaba con abuelos y vecinos fallecidos. Cuando hablaba de ti, de Canosa, de los amigos

de siempre, parecía que aguardaba un mandato para coger el saco de dormir y largarnos de acampada, como hicimos alguna vez.

Había tráfico. Encendí la radio. Las puertas de los *pubs* estaban colmadas de jóvenes, protegidas por coches aparcados de cualquier manera. Durante estos años que has estado fuera, a España le ha hecho célebre la voracidad de su diversión nocturna. Algunos literatos le han sacado chispas al tema, porque la noche tiene sus propios personajes, no sólo el borracho, la prostituta, el tahúr y el mesonero; ahora se han sumado numerosos tipos, cada uno con su vestimenta, su lenguaje y sus calles acotadas. Hubo un tiempo en el que me interesé por esos saraos, hice un análisis del fenómeno para el periódico. Pero para qué decirte que nunca he sido lechuza. A las dos copas me entra un sueño terrible y, cuanto más alta está la música, más ganas tengo de volver a casa y meterme en la cama.

En el coche me pregunté qué sería hoy distinto si no hubiésemos disuelto nuestra amistad. Con tu empeño, habrías convencido a tu familia de que la Universidad de Colonia estaba demasiado cerca del Este, ya sabes, la influencia marxista que tantos problemas creó en los ambientes intelectuales. Hubieses estudiado en España, también serías zoólogo, estarías casado con otra mujer y yo sería el padrino de alguno de tus hijos.

Cuando aparqué en el garaje de casa, intenté tranquilizar mi respiración y ordenar mis pensamientos. Son contadas las personas que conservan los amigos de la infancia. ¿Quién cree que existen aquellas verdades de las que nos hablaban de chicos? Amistad, lealtad, fidelidad... Crecer es aprender a relativizar. Con quince años leí aquello de que el hombre es un lobo para sí mismo, fijé mi atención en las páginas de los diarios y, con las clases de Historia, confirmé esta desconsoladora realidad.

Me gustaría creer a pies juntillas en la virtud absoluta de la que nos hablaba don Pablo. De niño daba por hecho que los adultos rebosaban ese equilibrio y quería crecer para adueñarme de aquella condición de bien. A lo mejor, Chema la alcanzó, porque era un hombre con la voluntad truncada, sin responsabilidad en sus decisiones. Incluso cuando se ponía cabezota y mamá le increpaba por egoísta, Chema sólo hacía uso de su peculiar sistema de defensa: de alguna manera tenía que protegerse del poder expansivo de los demás. Recuerda que sus pertenencias siempre fueron pocas, aquellas que podía guardar en su frágil dominio y esas otras que conservaba para disfrute de los demás. Si aún viviese y le contara que nos hemos visto, mi hermano llamaría a tu casa para decirte, tal vez, que te ha guardado una colección de saltamontes, que sabe dónde vuelan las libélulas y conoce una tienda de

animales en la que venden una pareja de chinchillas, como si no hubiese transcurrido el tiempo. Sí, Chema no habría necesitado de tarjetas de presentación, ni se conmovió al saber de tu doctorado en Colonia. Para él serías el de siempre, una parte de su hermano Félix. Al principio de tu ausencia, traía un atlas a mi cuarto para que le señalase la ciudad de Alemania en la que estabas estudiando, y siempre que la televisión daba una noticia de aquel país, se volvía hacia mí con mirada intrigada.

–¿Es ahí donde vive Tirso?

Luego, con el paso de los meses se dejó atrapar por la actualidad de su pequeño mundo, pero de cuando en cuando hablaba de ti como si te acabara de ver.

Tengo un vago recuerdo de la Navidad de tu primer año de universidad. Almorzaste en casa al regresar de Colonia y Chema te regaló un viejo libro de fauna asturiana que perteneció a mi abuelo. Después de aquellas fiestas no volvimos a cartearnos, y durante las vacaciones de verano me marché a Dublín para mejorar el inglés. Me dijo mamá que llamaste a casa. Nunca más nos vimos.